

---

SERMON HISTORICO-APOLOGETICO  
DE  
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EL 12 DE DICIEMBRE DE 1833  
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES

POR EL  
SR. CURA D. LUIS GONZAGA GUTIERREZ DEL CORRAL  
HOY INTERINO DE SANTA INES ZACATELCO

---

*A Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris. Hinc est dies, quam fecit Dominus: exultemus, et letemur in ea.*

Por el Señor ha sido esto hecho, y es maravilloso á nuestros ojos. Este es el día que hizo el Señor: regocijémonos y alegrémonos en él.

Salmo CXVII, v. 23, 24.

Para hablar dignamente, cristiano y muy respetable auditorio, del grande y amabilísimo objeto de la presente festividad, y para seguir el giro de las ideas que ocupan el entendimiento y de los afectos que encienden el corazón de todo buen mexicano en este hermosísimo día,

no es fácil hallar para la oración otra materia, ni elegir otra senda para el discurso, sino es la que más directamente conduzca al reconocimiento tierno, y á la filial confianza que exigen de nosotros los incomparables beneficios de María Señora nuestra en su imagen preciosísima de Guadalupe. Tal es el asunto que demanda la piedad mexicana, y tal es por lo mismo, generalmente, el que hoy ejercita la elocuencia de nuestros oradores. Pero considerando yo que la fe del prodigio, ó más bien de la multitud de maravillas á que debe su origen la imagen guadalupana es el primer motivo de la gratitud, y el principal cimiento de la confianza: viendo que en nuestros días todo lo sobrenatural se vé con ceño, se duda, se examina, ó tal vez sin exámen se desprecia; y muy principalmente recordando que ya hubo en la actual época una pluma audaz y temeraria, que osó herir en lo más sensible el honor mexicano, llamando *mentido milagro* á la aparición guadalupana, resolví, señores, admirar con vosotros las bases solidísimas en que sobre este punto descansa segura nuestra creencia. No debo persuadirme se encuentre en todo este respetable y devoto concurso, ni una persona que haya menester argumentos para creer milagrosa la imagen de Guadalupe; pero tampoco dudo que así como á los hijos les es algunas veces agradable repetir la lectura de aquellos documentos que les aseguran la posesion de la herencia paterna, vosotros también repasaréis sin fastidio las pruebas de que el origen milagroso de la santa imagen de Guadalupe, según lo hemos recibido de nuestros mayores, es un hecho enteramente averiguado y del todo incontestable.

Virgen benignísima, honor y gloria de la América mexicana, centro de sus amores y fuente inagotable de sus felicidades, Madre dulcísima de Guadalupe, oye nuestros humildes ruegos, y para gloria del Señor que por tu medio ejecutó esta maravilla, para confusión de los incrédulos, y mayor júbilo y complacencia de tus fieles hijos, proveeme, Señora, de las gracias necesarias á mi intento,

como todos te suplicamos saludándote llena de gracia.—  
AVE MARIA.

*A Domino factum, etc.*

Un suceso ilustre y que considerado en todas sus circunstancias, excede las fuerzas de la naturaleza y traspasa sus leyes, es lo que en buena teología merece el nombre de milagro. Como que no es posible se haga con otro objeto que con el de manifestar á los hombres la voluntad de Dios, ó hacerles entender alguna verdad importante, debe presentárseles con toda la certeza que para estos intentos necesiten. En el exámen de los milagros la razon humana tiene derecho para usar de todos sus recursos, y Dios se complace en que los agote antes de exigirle su asenso. No hay, pues, la más pequeña diferencia en cuanto á la certidumbre de que son capaces, entre un suceso natural acostumbrado y conforme á las leyes más conocidas de la Providencia, y un hecho milagroso. En ambos la persona en quien el acontecimiento se verifica, puede y debe adquirir una perfecta y del todo indudable certeza que las escuelas llaman metafísica: los testigos presenciales ó de vista deben tenerla física, esto es, cuanta puede prestar el testimonio de los sentidos exteriores, y últimamente aquellos á cuya noticia, en cualquier distancia de lugares ó tiempos llega el suceso, pueden certificarse de él con aquella clase de evidencia que es llamada moral, y que hace el fundamento único, pero firmísimo, de todas las verdades de la historia.

Cuando el venturoso Juan Diego vió sobre el Tepeyacac por la primera vez á Maria Señora nuestra; cuando hirieron sus ojos los torrentes de luz que reflejaban los

peñascos; cuando una ocasion sola habian sonado en sus oídos las celestiales músicas y la sobrehumana voz de la Reina del cielo, podria tal vez, desconfiando de sus sentidos, temer alguna ilusion ó recelar algun engaño; pero despues de haber visto y oído las mismas maravillas por tres distintas veces, despues de haber por su propia mano recogido las flores que aquel lugar jamás habia producido y ménos en el más rigido invierno; despues de haberlas visto colocar por las manos de Maria Santísima en la tilma que él por mucho tiempo habia llevado sobre sus hombros; cuando, por último, cerciorado hasta la última evidencia, de que no iba á presentar más que aquellas flores al venerable obispo de México, vió pintada en su tilma la imagen bellisima de la misma Señora que lo enviaba..... decidme, cristianos, ¿qué certidumbre, qué evidencia mayor podia tener Juan Diego de haber sido aquella hermosa efigie obra toda de un poder sobrenatural? Estaba, sin duda, tan cierto de ello, como lo está cualquiera de nosotros de haber vivido y de haber experimentado tales determinadas sensaciones en los tres días últimos, ó de ser estos vestidos que nos cubren los mismos con que hoy salimos de nuestras casas. Esta certidumbre del feliz Juan Diego se comunicó inmediatamente, y con toda la perfeccion que era posible, al respetable prelado á quien fué entregada la divina Imágen, y á cuantos tuvieron la felicidad de oír el suceso de boca del venturoso neófito. Su testimonio, sostenido por la inocente sencillez de sus costumbres, corroborado con la repentina y prodigiosa salud de su tio Bernardino, y por la relacion de éste que sin haber visto la santa Imágen, atribuyó sus principales rasgos á la Señora que se le habia presentado para sanarle, era de tal clase, aunque por necesidad, de un testigo solo, que habria obligado al crítico más adusto y severo á prestarle entera fé y crédito.

Pero nosotros, colocados á tres siglos de distancia de este inaudito acontecimiento, ¿podremos acaso lograr una total y completa certeza de la relacion de Juan Die-

go? Si, señores, sin duda ninguna podremos lograrla tan satisfactoria, cuanto lo es aquella con que creemos que este país tuvo en otro tiempo un monarca llamado Moctezuma; que su imperio fué destruido por los españoles, y que éstos poseyeron el mismo país trescientos años. Para dar un completo asenso á estas verdades fundamentales de nuestra historia patria, no tenemos, ni es posible tener otra seguridad, que la que nos dan las relaciones formadas por los testigos oculares, los monumentos públicos, y la tradicion recibida de nuestros mayores. Pruebas que concurren con más que suficiente solidez para apoyar la creencia del milagro guadalupano.

Si no temiera molestar con exceso vuestra benigna atencion, y traspasar los límites del tiempo en que he de ejercitar vuestra paciencia, sería fácil nombraros por sus autores las historias que de la aparicion Guadalupeana se han escrito desde los tiempos más inmediatos al prodigio. Veríais brillar en ellas la sinceridad y buena fe al lado de una crítica sana y juiciosa: admiraríais la uniformidad de sus narraciones, y por todas sus circunstancias las juzgaríais tan respetables y verídicas, como las más acreditadas de su clase. Examinaría menudamente con vosotros la informacion auténtica que se hizo en el año de 1666 con todos los requisitos del derecho, y hallaríais veintiun testigos, entre ellos algunos de ciento y más años, elegidos con toda la delicadeza que demandaba asunto tan interesante, preguntados conforme á un interrogatorio enviado por la curia romana, cuya pericia en esta clase de diligencias no tiene semejante; hallaríais á estos testigos enteramente conformes en asegurar que sabian el milagro guadalupano y sus circunstancias de personas no menos autorizadas y respetables que ellos mismos, las cuales lo habian escuchado de boca del mismo Juan Diego y de otros que vivian al tiempo que se verificó. Sin duda que cualquiera acontecimiento con semejantes deposiciones autorizado, se tendría por absolutamente incontestable y nadie tendría frente serena para llamarle

*mentido suceso.* ¿Por qué género, pues, de fatalidad hay quien piense de otra manera acerca del milagro de Guadalupe? ¿Por qué á nosotros no ha de darnos aquella informacion legitima, jurídica é intachable la misma certidumbre que aseguró á nuestros mayores?

Pero dejémosla, cristianos, y volvamos nuestra atencion á otros fundamentos, que no sólo son capaces de darnos igual certeza á la que ella confirma, sino que comunican á nuestra creencia de la aparicion aun mayor solidez que la que tuvieron nuestros antepasados. Sí, ciertamente: no tengo el más leve temor de equivocarme: cuanto más lejos existimos del tiempo en que honró y santificó con su augusta presencia nuestro suelo la Madre de Dios, Señora nuestra, tanto más irresistible fuerza tiene para convencernos de aquel prodigio inaudito la tradicion que nos lo ha comunicado.

Tres siglos hace ya cumplidos que toda la América mexicana cree firmemente deber á las manos mismas y al poder de Maria siempre Virgen la imágen soberana de Guadalupe. El hermoso templo en que ahora se venera debe su creccion á esta creencia: las capillas que le precedieron no fueron por otro motivo fabricadas, ni reconoce distinto origen el ilustre cabildo que cuida de su culto. Las alabanzas que por todo este tiempo han resonado en aquel lugar dichosísimo, han sido un eco jamás interrumpido que repite las misericordias del Señor, comunicadas por el conducto de su Madre purísima: las sumas cuantiosísimas que ha derramado allí la mano de la devocion, fueron destinadas por la fe del prodigio: todo, todo cuanto rodea al presente y cuanto desde los principios ha rodeado la Imágen santa, da fuertes clamores asegurando: *Por el Señor ha sido esto hecho, y es maravilloso á nuestros ojos.*

¿Y podrá acaso engañarnos esta especie de tradicion material? ¿Es creible que el Señor hubiera permitido que tan dilatada continuacion de cultos rendidos á la más querida de sus criaturas, se fundase en un *mentido mila-*

gro? Yo al menos no puedo comprenderlo, especialmente cuando reflexiono en el modo con que la creencia de la aparicion se extendió en sus principios por todas partes. No es ella uno de aquellos hechos que se propagan aislados y sin conexion con otros de suma trascendencia: no es de los que verificados permanecen sólo en la memoria sin producir efectos sensibles y duraderos; la aparicion Guadalupeña tiene una relacion íntima é imprescindible con uno de los sucesos más interesantes de la historia de la Iglesia, que es la reduccion á su gremio de esta parte del mundo; y si la conversion de millares de gentiles no es un efecto suyo, es empresa inasequible señalarle otras causas. Porque quitar su antigua religion á todo un pueblo, no por medio de leyes sostenidas por las armas, sino por la fuerza de razones y argumentos confirmados con la dulce persuasion, es obra exclusivamente del Todopoderoso. Las leyes humanas suelen hacer hipócritas; sólo la fe divina puede formar verdaderos virtuosos, como que aquellas obran por la coaccion y el temor del castigo, y ésta solo por el convencimiento íntimo y la esperanza del bien. Para convencerse de verdades incomprendibles, y privarse de placeres materiales y acostumbrados por la esperanza de bienes invisibles y desconocidos, es preciso que el mismo Dios hable, y que hable de un modo inteligible y que no pueda contrahacerse por los hombres. Ésta es la causa porque los milagros han siempre acompañado en sus principios la predicacion del Evangelio, y este árbol que dá frutos de vida eterna se ha regado mientras profundiza sus raíces, con la sangre de los mártires.

Y bien, cristianos: recorriendo la historia de la fundacion del cristianismo en nuestra América, ¿encontrais acaso aquellos asombrosos prodigios que la han acompañado en el resto del mundo? ¿Veis aquella triunfante multitud de mártires, que por lo comun ha señalado las épocas del establecimiento de la fe católica en todas las naciones? Nada de esto se halla, cuando parecia del to-

do necesario en unos pueblos, tenaces, como pocos, de sus antiguas costumbres, supersticiosos hasta un extremo que no es fácil comprender, y nutridos bajo un culto acaso el más cruel y sangriento que se conoce. Pero divulgándose el Evangelio de Jesucristo junto con la noticia de la Aparicion y finezas de su Madre Santísima, la creencia de las sublimes é incomprensibles verdades, y la práctica de las excelentes y sobrenaturales virtudes que aquel enseña, se presentaban menos oscuras y difíciles al lado de una historia tan amorosa y tan dulce, y de una devocion tan agradable y tan tierna. Creyó en Jesucristo la América sin haber visto multiplicados prodigios; pero creyó, verificado el de la aparicion Guadalupeña: creyó sin el testimonio de un ejército de mártires, pero recibió el testimonio de la Reina de ellos, quien segun la expresion de un célebre orador de México, fué por medio de su Soberana Imágen de Guadalupe el principal apóstol de estos países. ¿Y aquel Señor que es la verdad eterna, pudo haber permitido que al lado de su augusta é immaculada palabra, se difundiese por todo un nuevo mundo, una noticia fabricada por el engaño ó forjada por la ignorancia? ¿Podria haber suplido por las incontestables maravillas ejecutadas en otros pueblos con un *mentido milagro*? ¡Ah! que quien así se atrevió á llamar á la aparicion Guadalupeña estaba seguramente poseído de un furioso delirio, ó no tenia la más leve tintura de la antigua historia de su patria. ¿Ignoraba, pero cómo es posible que lo ignorase, que la Imágen Santa de Guadalupe, bajo el concepto de milagrosa, ha sido en el espacio de trescientos años el consuelo, el alivio, el refugio, la esperanza toda de los mexicanos? Si él lo ignoraba ó rehusa confesarlo, vosotros, señores, estais enteramente ciertos de que es así en verdad. Si endurecido el cielo niega sus aguas á la tierra, y ésta, convertida en ligero polvo no da el sustento necesario á las plantas y affige la triste hambre..... los mexicanos alzan sus ojos al Tepeyac y piden pan á su dulce Madre de Guadalupe. Si las lagunas que rodean á

México engrosadas por la excesiva lluvia amenazan sepultarla en ruinas, la Imágen Santa de Guadalupe es conducida entre sollozos y deprecaciones, y no vuelve á su templo sin haber enjugado las lágrimas, remediando la necesidad. Atacados en diferentes épocas de pestes horrosas que han extendido la desolación y la muerte hasta nuestros últimos confines, de todas partes se ha levantado un clamor uniforme: los lamentos exhalados por un mismo espíritu se han unido en su direccion, y han volado como á su centro á los piés de la divina Imágen de Guadalupe. Reducidos en los tiempos más recientes á los últimos extremos de afliccion y de congoja por la guerra civil, presenciando escenas sangrientas, oyendo nuevas lastimosas, temiendo males irremediabiles, María Santísima de Guadalupe ha sido el más continuo suspiro de nuestros corazones, y el clamor más frecuente de nuestros lábios. Siempre en todos tiempos, siempre en todo género de necesidades, la Imágen soberana de Guadalupe se ha presentado como un alivio á la imaginacion de los mexicanos, con la misma naturalidad con que se viene á la boca de los niños pequeños el nombre de madre en todas circunstancias. Que Dios haya dejado á una nacion entera colocar su esperanza por tres siglos en una Imágen que cree milagrosa sin que lo sea en realidad, lo entenderá sólo aquel talento sublime que sin más argumentos que su orgullosa afirmacion quisiera echar á tierra la creencia Guadalupeana. ¡Insolente y temerario atrevimiento! ¡Ojalá que moviendo los resortes todos de su dialéctica, hubiera presentado los sofismas en que únicamente puede apoyarse! Nofaltan plumas mexicanas bien cortadas y mejor conducidas que los contestaran tan victoriosamente como lo hicieron las de los sábios Uribe y Conde en el siglo pasado con las reflexiones de los criticos de aquel tiempo, y ahora pocos años los eruditos Alcocer y Gómez Marin con las objeciones del historiador Muñoz.

Mas yo, señores, si por una fatalidad quedara solo para defender el prodigio Guadalupeano, dejaria aparte las

historias, los procesos juridicos, el culto de tantos años, la respetable é incontrovertible tradicion, y tomaria un camino más plano, y seguramente más corto. Venid conmigo, diria á los impugnadores del milagro, venid cuanto quisierais preocupados contra el origen que se atribuye á esta Imágen; venid prevenidos contra la creencia débil y falaz del ignorante vulgo; avivad las luces de vuestra razon, pero venid decididos á pronunciar segun sus dictámenes una sentencia justa: contemplan la Imágen en sí misma, no ya como cristianos, ni como mexicanos, sino sólo como hombres; pero advertid que ella es una pintura, y que sobre esta clase de objetos solamente es voto decisivo el de los peritos en el arte. Tocad ahora ese lienzo: veis que es tejido de hilos toscos de palma y semejante al bramante crudo, y que si algun pintor lo escogió para formar la Imágen, debió imprimirlo ó prepararlo artificiosamente segun la clase en que iba á trabajar. Observadlo por el reverso: ¿hay entre sus hilos alguna materia que pueda sostener los colores? ¿No veis con toda claridad por entre el mismo lienzo todos los objetos que están de la otra parte? ¿Qué? ¿Comenzais á admiraros y á enmudecer? Es fuera de toda duda que este lienzo no tiene imprimacion. Volved á contemplarlo de frente: la cabeza y las manos de la Señora están, á juicio de famosos artistas, pintadas al óleo, y ejecutándose esta clase de pintura con aceites desecantes, exige indispensablemente una determinada preparacion. El ángel que sostiene la Imágen, la túnica que la cubre y las nubes que la rodean están, segun los mismos, pintados al temple, y para esto no puede excusarse el uso de gomas ú otros ingredientes de calidad semejante. El manto de la Imágen está ejecutado al aguazo que humanamente solo es asequible sobre lienzo delgado. El espacio sobre que se hallan los rayos parece á los inteligentes de pintura labrada al temple; y ejecutándose ésta igualando y haciendo compacta la superficie al mismo tiempo de pintar, necesita indispensablemente de una materia sólida y firme.

Se aumenta vuestro asombro, y quisierais ya prescindir del empeño y retiraros en silencio; pero no es ya tiempo de retroceder. Mirad ese primoroso dorado que no descansa sobre material alguno de los que usan los artistas, y que parece haber estado en los hilos del lienzo ya al tiempo de tejerlo: mirad esos perfiles, mirad ese todo y comparadlo con cuantas obras maestras hayais observado, y si atónitos y pasmados no acertais á decir vuestra opinion, sabed, que examinada en diversas ocasiones esa Soberana Imágen por trece de los más célebres pintores que han florecido en nuestra América, y por tres bien acreditados físicos, todos en sus distintas épocas afirmaron que no ajustándose aquella hermosísima efigie á los preceptos y reglas del arte, los vence de un modo tan palpable, que no se comprende haber sido formada por humana industria, y que ellos desde luego aseguraban ser sobrenatural y milagrosa. ¿Y podrá más, espíritus indóciles y preocupados, vuestra duda, vuestra sospecha ó vuestra burla insulsa y temeraria, que el testimonio de los inteligentes? No habrá jamás quien así juzgue. Id, pues, y allá vosotros solos pensad de este prodigio segun los principios de vuestra necia y soberbia filosofía; pero dejadnos á nosotros que conforme á los de una razon sana y de una crítica bien arreglada clamemos y repitamos mil veces: *Por el Señor ha sido esto hecho, y es maravilloso á nuestros ojos.*

Así hablaría yo, cristianos, con los enemigos del prodigio Guadalupano; pero discurrendo con vosotros que lo creéis, que lo amais y que os encendeis en devoto celo cuando sabeis que hay quien lo dude, no me resta otra cosa que congratularme con vosotros, y bendecir en vuestra compañía este dia fausto, alegre y memorable que hizo el Señor para nosotros. Dia en que se cumplen trescientos dos años desde que la diestra del Todopoderoso hizo una ostentacion de su gloria, y la Madre amantísima del Verbo Eterno nos dió en su Santa Imágen la más preciosa prenda de su poder y de su afecto. Nuestro reco-

nocimiento por lo mismo no será el que ser debe, si no se esfuerza en igualar en cuanto sea capaz la grandeza del milagro, y nuestra confianza en la proteccion de Maria Señora, es justo que imite la duracion é incorruptibilidad portentosa de la Imágen. Tan dilatada série de años no ha ejercitado su irresistible fuerza sobre aquel lienzo frágil, lo han respetado los destructores hábitos del terreno (que la Señora misma escogió,) y las impresiones del ambiente en el lugar. Dure tambien nuestra esperanza, aunque por todos lados nos aflijan los males y nos inquieten los temores. Mientras que se halle entre nosotros la Imágen Soberana de Guadalupe, bien podrá suceder que la nave de la religion sea combatida por vientos recios y por olas tan altas como los montes; pero jamás lloraremos su naufragio: la verdadera legítima libertad podrá ser amenazada, atacada, disminuida; pero no llegará á perderse absolutamente. Seremos en cualquiera sentido angustiados, pero en ninguno destruidos; humillados, pero no abatidos; lloverán sobre nosotros los males, pero la Imágen de Guadalupe resplandecerá al fin á nuestros ojos como el sol después de las más furiosas tempestades.

Tal es nuestra esperanza, benignísima Virgen, fundada en tus prodigios, en tus promesas y en una experiencia muy dilatada. Ningunos acontecimientos serán capaces de arrancarla de nuestros corazones, ningunos temores de perturbarla, porque despues de la fe divina en Jesucristo tu Hijo, nada nos es más estimable que la fe en el milagro de tu imágen de Guadalupe. Que estas dos creencias, ¡oh Maria dulcísima! sean siempre las guías de nuestros pasos y el consuelo de nuestras adicciones, que sean el principio de nuestra felicidad en la vida presente, y que la vista clara de la hermosura de Dios y de la tuya, las corone á ambas en la eternidad.—ASI SEA.

---

## SÉRMON

QUE EN DEFENSA DE LA

### Aparición y milagrosa imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe

PREDICÓ EN LA CATEDRAL DE MONTEREY  
EL 12 DE DICIEMBRE DE 1876

EL ILMO. SR. DR. D. FRANCISCO DE P. VEREA

---

*A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.*

El Señor es quien ha hecho esto, y es cosa admirable á nuestros ojos.

Psalm. VII, v. 23.

1. El hombre y toda la historia del mundo se explica por el amor; tal es el sublime pensamiento de San Agustín. *Fecerunt civitates duas amores duas. Amor Dei usque ad contemptum sui: amor sui usque ad contemptum Dei.* El amor de Dios y del prójimo hasta la abnegación individual, y el amor propio hasta el desprecio de Dios y del prójimo. El amor engendra en el hombre dos movimientos ó impulsos; uno material que lo impele á las cosas terrenas; otro espiritual ó de las ideas que lo eleva al órden espiritual ó á la esfera de los espíritus. El primero se resume en conquistas, triunfos, honores y riquezas; el segundo tiende al órden y se resume en el triunfo de la verdad. Aquel se desarrolla en la fuerza, al estrépito de

las armas, al estallido del cañón, á la algazara y tumulto de los combates; éste se anuncia y progresa con amor, suavidad y dulzura, su móvil es la paz, su carácter el órden y su fin la felicidad.

2. México, nuestra patria, experimentó estos dos movimientos, intelectual y material en los primeros años del siglo XIV. Las huestes españolas le imprimieron un impulso material, como revolución de territorio, cambio de gobierno, y un impulso espiritual, pacífico, de ideas cristianas. El primer movimiento lo efectuaron los soldados; el segundo fué obra del ministerio de los sacerdotes de Jesucristo.

3. Este segundo impulso ó movimiento dió por resultado la victoria de la fe. Dios la bendijo y la Inmaculada Virgen Maria quiso también santificarla con su material presencia, y manifestar la virtud excelsa de la gracia, y la acción sobrenatural, fecunda y perseverante de su misericordia, dejándonos su Imágen en la tilma de Juan Diego, é imprimiendo así en el corazón de los mexicanos un movimiento de amor, de consuelo y de esperanza que nunca ha sido burlado.

4. Los espíritus rectos é ilustrados que no están cegados por el orgullo, que no son presuntuosos con la vana ciencia que hincha, que reconocen en Dios inteligencia y poder infinito, los que lo adoran con sumisión de todos sus pensamientos, y los que tienen gusto y paladean dulcemente la piedad cristiana, encuentran un atractivo particular en ese hecho histórico, y ven en la Aparición de Maria Santísima de Guadalupe un título auténtico de amor y predilección, y en la prodigiosa conservación de la Imágen un título de eterna gratitud.

5. La Iglesia mexicana ha cumplido constantemente los deberes de su filial ternura y gratitud. Los obispos, el clero, los sábios de primer órden de todos los ramos del saber humano y los fieles todos, se complacen en recordar la milagrosa aparición Guadalupeana, como una gloria de nuestra patria, y presentar la conservación de

tan primorosa Imágen como el apoyo más robusto y el áncora más firme de nuestra esperanza. Así es, que siendo ella el símbolo de salud y el signo sagrado para el cuerpo docente, lo mismo que para el pueblo fiel, todos los mexicanos al contemplar esta portentosa pintura, arrebatados de admiración exclamamos en los transportes de un gozo celestial y divino, con aquel rey de Judea y gran profeta del universo: "Esta es obra del Señor y es admirable á nuestros ojos."

6. En efecto, oyentes míos, al pronunciar el nombre de María de Guadalupe, se presenta desde luego una cuestión más grave é interesante para los mexicanos que en las otras festividades de María. Tal es el milagro y los beneficios que con él hemos recibido. Yo de mí sé decir, os lo protesto, que nunca traigo en vano á mi memoria los fundamentos de aquel prodigio, sin que mi alma, en medio de las más dulces y consoladoras emociones, descubra esferas más altas y regiones más elevadas que las de la naturaleza, y sin que mis ojos vean como de bulto y de una manera singular la incesante protección que nos dispensa la soberana Reina del cielo.

7. Hoy, pues, que celebramos un suceso de tan alto origen, suceso tan maravilloso y tan divino, tan tierno y tan fecundo, vengo yo también á consagrar en este día mi entendimiento, mi corazón y mi voz, como ofrendas de fe, de amor y gratitud. Vengo á dar un testimonio público y solemne de la antigua y piadosa creencia de la Iglesia, y á hacer algunas reflexiones conducentes á probar que la Aparición es, no sólo creíble, sino fundada y razonable; que el principal beneficio que ha obtenido México con ella, es haberse afirmado y conservado en la santa y divina religión de Jesucristo.

8. Dos verdades en gran manera interesantes que un gran talento y el génio podrán fecundizar y desarrollar con elocuencia, porque todos sus pormenores y detalles ofrecen dulce alimento á la memoria, y ejercicio placentero al pensamiento. Pero careciendo de aquellas dotes

de las almas privilegiadas, haré algunas sencillas reflexiones, siquiera para comunicar á mis oyentes los recuerdos é impresiones que han fortificado mi espíritu al pararme no pocas veces á contemplar esa maravillosa pintura, favor insigne y singular de la Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra.

9. ¡Oh María de Guadalupe, santa Niña del Tepeyac! herencia tuya somos y queremos ser siempre tus admiradores. Tú, Señora, que siendo favorecida con la más alta dignidad que el cielo puede conceder á una criatura, escogiste un lugar en nuestro suelo para permanecer de asiento entre nosotros y manifestar tu amor y tu ternura de madre á los dichosos mexicanos, intercede con tu divino Hijo, en cuyas manos están los corazones, para que derrame sobre los nuestros el copioso raudal de su gracia.—AVE MARIA.

—  
*A Domino factum, etc.*

10. Los siglos, oyentes míos, no se suceden en balde, ni el imperio del error es eterno en el mundo. Es muy grande y demasiado excelente nuestro país para que estuviese destinado por la sábia y misericordiosa providencia del Señor á ser eternamente presa de la idolatría ó patrimonio de la barbarie. Las naciones no han sido arrojadas á la tierra por acaso sin causa y sin fin; todas por consiguiente tienen deberes que cumplir. Dios entra en cuenta con ellas, registra sus inclinaciones, mueve sus acciones y les señala los caminos por donde deben transitar. Por esto, compadecido el cielo del pueblo que estaba sentado en las tinieblas y habitaba las sombrías regiones de la muerte, le dió una inmensa luz, la religión

de Jesucristo. Esa religion, que es el freno de los conquistadores y el apoyo de los conquistados, que da paciencia á los oprimidos, fuerza á los débiles y esperanza á los que lloran y sin consuelo sufren; esa religion que abate á los soberbios y ensalza á los humildes; que modera los impetus del potentado y opulento; que hace ricos á los infelices despojados; que da la paz y la tranquilidad dignidad en el infortunio; que se extiende á todos los pueblos, abraza todas las razas y comprende á todas las naciones en la inmensidad de su amor; esa religion, en fin, augusta hija del cielo, que teje guirnaldas á sus mártires y amenaza con castigos eternos á los criminales, ora sean secretos que hayan quedado impunes en la vida, ora sean públicos que se jacten de morir gloriosos y triunfantes porque mueren impenitentes y protervos.

11. Enarbolada estaba en el mundo la bandera del cristianismo hacia mil quinientos años, cuando al norte de México, capital de nuestro país, se realizaban sublimes acontecimientos que hablaban muy alto al corazón mexicano. En efecto, el Eterno, que en la altura de sus designios fijó los crepúsculos sobre la montaña del Tabor, mantuvo en la cima del Tepeyac nubes resplandecientes con los destellos de la aurora para la aparicion de Maria. A ese humilde collado bajó del cielo la suprema Emperatriz pisando en la luna, vestida del sol y de las estrellas, manifestando ser la Reina de la creacion y objeto privilegiado del amor y misericordia de su autor. Cuéntase de ella que al dejarse ver entre los mexicanos, se oyó una sonora y suave música; que espíritus celestiales volaban por los aires, entonando cantos acordes de armoniosas voces, y que apenas afrontaba un indio venturoso á la falda de un montecillo, cuando escuchó dulces palabras de inefable amor. Palabras divinas que pedían un templo en aquel sitio en que se mostraria madre tierna y piadosa con él y los de su nacion.

12. A la primera noticia de este acontecimiento, el Illmo. Sr. Zumárraga se conmovió y vaciló temiendo fue-

se una ilusion nada extraña en un espíritu sencillo y apocado, juzgó prudente y resolvió examinar con más atencion las circunstancias del suceso, despidiendo al indigena por dos veces. "Este es un crédulo," decian unos. "Este es un iluso," decian otros. Pero poco tiempo despues se excita la curiosidad, crece la sorpresa y la confianza en la casa episcopal; el inocente indio se presenta con señas para que se crean los hechos, y se descubre que sus informes no eran de un hombre crédulo y supersticioso alucinado. Aquel dia fué un dia de desengaños, de admiracion y de entusiasmo religioso. El alma de Juan Diego estaba llena de fe, y rebosaba fuera; con sus vivas miradas parecia reconvenir á la incrédula familia del Obispo. Todos lo miraban con singular atencion y con una especie de inquietud que descubria á las claras la esperanza y la duda que agitaba los ánimos. El sencillo indio insistiendo en su propósito, siguiendo derecho á su fin, se acerca al obispo, despliega la tilma lleno de alborozo como quien pide albricias, y le dice: "Mirad rosas frescas en el rigor del invierno. ¡Ay! mirad á Maria, madre de los mexicanos." A la vista de las frescas flores y al oír las expresiones del indio, todos se estremecieron y postraron enajenados con silenciosa y estática reverencia al descubrir pintado en el ayatl aquella rosa mística de hermosos colores, sobre la cual reposó deliciosamente el soplo del Espíritu Santo. Esta aparicion divina ha dejado un nombre dulce, bendito, reverenciado en todos los corazones; podria llamársele la Redentora de México; se llama Maria de Guadalupe. Tal es, hermanos míos, la obra del Señor, admirable á nuestros ojos; ésta es la Imágen santa maravillosa en los designios del Señor.

13. Mas si me preguntais, señores, ¿cuáles son los fundamentos para demostrar que el hecho es creíble y razonable? Escuchad, voy á decíroslo; pero antes necesito subir á esa cumbre altísima que domina y señorea todas las cosas visibles é invisibles; acompañadme, subid conmigo. Allí está el tabernáculo del Señor, allí su sabidura

ria dispone, su palabra manda y su omnipotencia ejecuta. Invisible aunque en todas partes se manifiesta; impalpable aunque la gracia nos delinea su imagen; incomprendible aunque la inteligencia humana puede arribar hasta El y adorarle humildemente. El es el autor de todas las obras superiores al orden natural y á los esfuerzos humanos, porque para El querer es hacer; es el *alpha* y *omega* de todas las cosas, el cielo y la tierra saben su nombre y lo santifican; se llama: "El que es."

14. Infiérese de aquí que Dios bien pudo hacer reflejar su gracia en Tepeyac con la personal aparición de María Santísima y hacer también reflejar su misericordia en la tilma de Juan Diego con la pintura de la imagen, manifestando así en ambas cosas su soberana omnipotencia. Consignada esta verdad, que ningún católico sincero ni hombre alguno de buen sentido podrá negar, sólo resta averiguar si hay suficientes motivos para creer que el hecho ha sucedido.

15. Este es el punto de vista en que debemos fijar nuestra atención; creo que la demostración será convincente si la ponderais sin prevención y si no estais de antemano preocupados. Cuando en medio de la sorpresa y por el vivo interés y sensación que causa este hecho, un observador imparcial y un crítico sesudo y racional busca una luz que guie sus pasos por el camino de la verdad, ocurre desde luego á la misma imagen, y al ver cuál se conserva con brillantez y sin la menor lesión, siendo tan débil, frágil y poco durable el yesotilmatl de cuya materia está tejido el lienzo, expuesto al humo de las bujías y más de sesenta lámparas que ardan continuamente en su antigua iglesia al frente y muy cerca de la santa imagen, siendo allí tan salobre y húmeda la atmósfera que destruye las pinturas, enmohece el hierro y ennegrece la plata: habiendo estado sin vidriera ciento diez y seis años; al ver, repito, al saber todas estas cosas, llénase de asombro el alma y brotando en ella la confianza, es convidada invenciblemente una y mil veces á bendecir y ala-

bar á la Divina Providencia y á darle las más rendidas gracias por tan singular prodigio. ¡Oh María, hermosa flor del Tepeyac! nosotros alabamos al Señor porque en más de trescientos cuarenta años el sol de mediodía no ha encorvado tu tallo ni deslustrado tu pureza; la tarde te ha encontrado sin arrugas y sin mancha; y tú exhalas por siempre en nuestro suelo un perfume divino y una virtud secreta para curar las llagas del corazón.

16. Agréguese á todo esto el espíritu de observación, el afán y empeño de hombres eminentes en averiguar la verdad, tratando este asunto artísticamente y examinando con prolija atención y esmero los puntos de contacto que esta admirable pintura pueda tener con el arte; de este estudio hecho con pericia resultan los informes de diez y ocho pintores todos célebres pertenecientes á diversas épocas, que son otros tantos datos irrecusables de que la sagrada Imagen es obra del Señor. Lo que para mí hay de más admirable en esas declaraciones, es una circunstancia que vosotros, señores, apreciaréis debidamente y consiste en afirmar que el lienzo no tiene aparejo ni imprimación alguna y que no se sabe si es al temple ó es al óleo, y nótese que entre estos profesores se cuenta el insigne Cabrera, quien, con motivo de sacar una copia para remitir á Roma, escribió su "Maravilla Americana," dedicada al Sr. Arzobispo Rubio y Salinas, en que asegura que dando atentas y escudriñadoras miradas á esa celestial antorcha para seguir sus resplandores, se persuadirá cualquier artista inteligente de que esta pintura en sus partes y en el todo es obra sobrenatural y divina.

17. Es de advertir que las autoridades que dispusieron la averiguación eran de tanta y tan reposada cordura, que no se limitaron á consultar al pintor que emplea los colores, sino también al químico que indaga su naturaleza. Así fué que valiéndose de estos nuevos medios para llegar al conocimiento de la verdad, se asociaron á los artistas algunos médicos y distinguidos químicos, co-

mo lo era el apartador de oro y plata, hombre muy distinguido, extranjero, sin interés que se pueda decir, en sostener una mentira, que escribió un "Manifiesto satisfactorio" sobre la milagrosa pintura; este doctor con otros físicos, reconociendo concienzudamente el lienzo por el haz y el envés, dijeron que la verdad del milagro resplandece pura y limpia á los ojos de cualquiera inteligente criterio.

18. Sin embargo, el corazón de algunos desfallece y la mente de uno ú otro orgulloso estravagante (1) se nubla porque no ha llegado á sus manos el proceso jurídico que debió formarse en el arzobispado; mas si entran de lleno en las entrañas del asunto, no sería para ellos árdua empresa descubrir la elevación de miras, la prudencia y hasta la necesidad que tuvo el venerable Sr. Zumárraga de ocultar esas informaciones, tanto más cuanto que en aquellos rudos tiempos, como saben los que están versados en la historia mexicana, se levantó contra el pobre Obispo una espesa polvareda que amenazaba envolverlo en tinieblas, sin más motivo que estar desempeñando con eficacia y amoroso anhelo el título concedido por el Rey de protector y padre de los indios. Hay, empero, un grande y satisfactorio testimonio sumamente acreditado y es, del Lic. D. Miguel Sánchez, cuya conservación debemos á varios eruditos escritores de la mejor nota y sin tacha. Este sábio y virtuoso sacerdote prueba, hasta no ser posible más, que los autos y proceso de dicha aparición llegaron todavía á las manos del Sr. Arzobispo Dr. Fr. García de Mendoza (2). Fué una gloria para este santo é ilustrado historiador guadalupano, haberse dedicado á tan magnífico trabajo volviendo por la honra y exactitud del Illmo. Sr. Zumárraga, algún tanto amenazada, y empleando mucho tiempo en adquirir y examinar los más preciosos documentos rela-

(1) El Dr. Mier.

(2) Puede verse á Florencia "Estrella del Norte" y á Carrillo "Penal Americano."

tivos á la aparición, que sin él, tal vez hubieran perecido. Así es que su palabra resuena en todas partes con autoridad y aceptación, y por eso los ojos de los hombres pensadores y de sano juicio, se dirigen naturalmente á su lado (1).

19. A la sazón que este juicioso y sesudo historiador publicaba esta obra, observad lo que pasaba en México. Un hombre merecedor de perpétua memoria, el Dr. D. Francisco Siles, lectoral de la Iglesia metropolitana y arzobispo electo de Manila, se elevaba á la altura de los mejores defensores del milagro, pidiendo se instruyese el expediente informativo, conforme á las reglas del derecho y estrictas prácticas legales recibidas. Realizando este pensamiento el cabildo en sede vacante, nombró de su seno cuatro jueces comisionados (2), quienes examinaron más de veinte testigos al tenor del interrogatorio formulado en Roma y remitido expresamente para este fin por la Santa Silla Apostólica. Os llamo la atención sobre esto para que reflexioneis que en este interrogatorio no tuvo parte alguna la preocupación ó industria de los mexicanos, ni cabía la superstición grosera de los indios ó prevención alguna de españoles contra criollos, ni emulación ó envidia que pudiera decirse entre los escritores de aquella época, que ninguna cuestión se agitaba entonces que excitara los ánimos ú oscurecer pudiera los hechos.

(1) Luis Becerra Tanco, en su obra "Felicidad de México," en el §. Anotaciones que deben suponerse para la prueba de la tradición, § 2.º, dice: "que los autos ó proceso jurídico de la aparición se formó antes de la erección de la Iglesia mexicana en Catedral, cuando no había cabildo eclesiástico, ni archivo, y por lo mismo dichos autos pueden haber quedado en poder del que hacía oficio de secretario ó en poder de otro notario."

El P. Florencia en su "Estrella del Norte de México" repite lo que Becerra Tanco, y añade: "Hemos de tener presente en este asunto (de los autos) la incuria y negligencia ó la necesidad de aquellos primeros tiempos en que los conquistadores y pobladores más miraban á ganar tierra y juntar plata y oro, que á escribir y guardar historias: los apóstólicos religiosos más atendían á obrar prodigios en la conversión de los indios, que á dejarnos escritos sobre lo que obraba Dios para crédito de su predicación."

(2) Los Sres. Doctores D. Juan Poblete, Dean; D. Juan Cámaras, Chantre; D. Juan Díaz Barrera, Tesorero; y D. Nicolás del Puerto, canónigo.

Esas declaraciones rendidas por testigos fidedignos, íntegros, imparciales, bien instruidos, de recto juicio y fino criterio, como mejores no pudieran encontrarse, esas declaraciones, digo, están tan enlazadas con la tradición primitiva y son de personas tan respetables, que dan al horizonte histórico una extensión, una claridad y un encañamiento bastantes para conocer y convencerse hasta la evidencia que proceden como la consecuencia de un principio. Eran, en efecto, hombres de sesenta, setenta y ocho años; entre ellos hubo dos de cien, uno de ciento diez y otro de ciento quince años, siendo algunos de esos mismos prelados de las religiones, varios curas, otros sacerdotes y muchos seculares, hijos unos de los conquistadores y otros de los conquistados de los contemporáneos á la aparición. ¡Brillante concurso de mexicanos que hicieron por completo su deber, colocando á Jesucristo sobre su corazón é invocándolo con limpia conciencia y fe pura, como testigo de la verdad de sus palabras!

20. Espero, señores, que os habreis convencido que el proceso jurídico es un asunto ya muy pasado en cuenta, y también habreis comprendido que nuestros motivos de credibilidad están impresos en las generaciones, resplandecen en la historia y levantan suficientemente el velo que encubre los anteriores tiempos.

21. No hay duda, trescientos y más de cuarenta años de pensar, investigar y discutir sobre la original pintura y milagrosa aparición, han establecido una creencia verdaderamente nacional. Los libros, los púlpitos, las tradiciones y la razón radiante por todas partes constituyen el apostolado de María de Guadalupe; digo la razón, porque debe advertirse que lo que es general é invariable procede necesariamente de causas invariables y constantes, lo que es indestructible y arraigado ha de tener principios duraderos y profundos: porque la prueba artificial y de falso origen no se perpetúa, no puede desafiar los siglos. Esta es una ley moral, una ley de la historia, y esta ley ampara y protege la piadosa creencia de

los mexicanos en posesión de la verdad, y de ella han saído, como de su fuente, esas excelencias especiales en que nuestro país aventaja á las demás naciones.

22. Creo que la demostración puede ser todavía más clara, si reflexionamos sobre el carácter de sabiduría, de gravedad y de prudencia que han desarrollado los hombres eminentes que la Iglesia ha puesto á la cabeza de nuestras diócesis, sin olvidarnos, ni tener en menos la ilustración de todo el clero mexicano. Pues bien: los arzobispos han tenido la obligación y la ventaja de juzgar los acontecimientos y las cosas relativas á la aparición en el teatro mismo en que se verificaron, y ellos han autorizado esta creencia; los obispos desde lo alto de sus sillas han dejado correr tranquilamente la historia, y cuenta que ellos han debido averiguar sus fundamentos por las reglas que ha dictado la Iglesia; los cabildos han estado acordes en este punto, desplegando la mayor pompa para solemnizar los aniversarios en sus catedrales y alternarse el día 12 de cada mes en el culto que se da en la Colegiata; en fin, el clero todo, que debe ofrecer á Dios los homenajes de la fe y no las bajezas de la credulidad, un obsequio razonable y no una afectación servil, constituyen la trama de oro de esta venerable tradición.

23. Profundicemos algo más este pensamiento en gracia de la verdad y á despecho de uno que otro presuntuoso amante de la novedad. Sabeis, señores, que sobre esa brillante tela están grabadas estas palabras: *Non fecit taliter omni nationi.*—(Psalm. 147), palabras que atravesasen las generaciones como un aliento de misericordia.

24. Para deslindar bien las ideas, debemos tener presente que los autos auténticos de que he hecho mención, no sólo fueron insertados con honor en los registros inmortales de la Iglesia romana, sino que uno de los más grandes pontífices, infatigable investigador de la verdad, insigne y descollante en crítica y en todo linaje de ciencias eclesiásticas, circundado con esas luces superiores que dan al espíritu humano el firme acierto del juicio y

del buen sentido, aplicó á la imagen de Guadalupe estas expresiones: "Elegí y santifiqué este lugar para que en él permanezca eternamente mi nombre," y á México esas otras antes dichas que pueden desear todas las naciones, pero que en ninguna otra tienen hasta hoy ejemplar. Ese hombre, de mision providencial, de levantadas virtudes, que ha eternizado el suceso más portentoso de nuestro país, fué el inmortal Benedicto XIV.

25. El hecho, pues, es innegable, es evidente, está probado con el testimonio de grandes y respetables historiadores, varones en quien se hermanan la virtud y las letras (1), otros que conocieron los idiomas del país que los hablaron como si en la infancia los hubieran aprendido (2).

26. Os he presentado, señores, la historia y descubierta la tradición, esos espejos de lo pasado que derraman luz sobre el porvenir; y espero habréis ratificado vuestra creencia de que la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe es obra del Señor; réstame tan sólo hacer alguna apreciación de los hechos, que no razonan ni discuten, sino que hacen ver, y la encontraréis admirable á vuestros ojos.

27. ¿Por qué tanto fervor, ternura tanta de la Virgen María para con los mexicanos? Fué voluntad de Dios, señores, por señas de esa soberana imagen, que á los diez años de la conquista, María consagró el suelo mexicano con sus celestiales plantas, y bendijese con sus lábios misericordiosos el advenimiento de nuevos pueblos al seno de la Iglesia católica, uniendo así la Europa con la América y constituyéndose maestra de las dos. En esta aparición no sólo hay un prodigio, hay algo más, la unión por la fe de la Europa con la América, cuya importancia es fácil comprender; también una importantísima lección, que es un aliento de vida capaz de reanimar un cadá-

(1) Presbítero D. Miguel Sánchez.

(2) D. Luis Becerra Tauro, P. Francisco de Florencia, Boturini, Prescott.

ver, y es una antorcha para alumbrar abundantemente un camino: pidió la Santísima Señora que se le edificase un templo en la pequeña montaña del Tepeyac, en donde los indios adoraban á la madre de los dioses falsos que llamaban *Theotenantzin*. Veo aquí, en primer término, la ruina de la idolatría y la iluminación del cristianismo en el pueblo mexicano. Observo en seguida el tiempo en que la Santísima Virgen pidió este templo, cuando Lutero y Calvino trabajaban por la supresión del culto exterior, cuando estos dos jefes de la reforma protestante perseguían á sangre y fuego á los verdaderos creyentes, rompían la unidad católica y negaban la invocación de los santos. Ved en esta otra circunstancia, el anatema de la herejía y la antorcha que alumbró el camino de la verdadera Iglesia.

28. Este es el grande beneficio que nos hizo María Santísima al ostentarse nuestra Madre tierna. Los mexicanos se aprovecharon con humildad y gratitud y comenzaron á dar á Dios el culto que le es debido; los cismáticos reformadores se perdieron por aquello y abandonaron el verdadero culto de la divinidad; porque el error, como dice Bossuet, no adora á Dios tal como él es: como él es en sí, solo está en la Iglesia católica.

29. Por su defección y pertinacia los protestantes se hicieron indignos de la fe, y para que la santa Iglesia católica se consolase de las pérdidas que le hacían sufrir las herejías de ese siglo afortunado para México, Dios movió el candelero, es decir, trasportó su divina luz, y el siglo fué de tinieblas para unos, de claridad para otros y de enseñanza para todos. De manera que cuando en el antiguo mundo se propagaban doctrinas impuras y anti-religiosas, la Madre de Dios, Virgen sin mancha, se levantaba en México como la estrella de la mañana para guiar á los habitantes del Nuevo mundo, como la consoladora de los afligidos enjugando amargas lágrimas, y como buena y tierna Madre en cuyo corazón todos los mexicanos tendrían un refugio de misericordia. Por eso

nuestros ojos se dirigen continuamente hácia ella. Su nombre está frecuentemente en nuestros labios pronunciándolo como una gloria, invocándola como un amparo y alzando nuestro corazón en alas de sublime gratitud la rendimos llenos de esperanza nuestros filiales homenajes. Si, en ella tenemos un eco vivo para todos nuestros sentimientos, un conducto seguro para nuestras oraciones, un suave estímulo para nuestros homenajes y una dulce esperanza para nuestros dolores; su inefable ternura se deja ver en esas manos puestas ante el pecho orando siempre con fervorosa plegaria por la nación que tiene á su vista, y por intercesion tan poderosa Dios ha soplado sobre la faz de esta tierra y la faz de esta tierra ha sido renovada.

30. En medio de tantas borrascas que por más de sesenta años hemos atravesado los mexicanos, en medio de tanto peligro, con tantos elementos de perdicion, la nación mexicana puede felicitarse todavía á dar gracias á Maria Santísima de Guadalupe porque sus hijos no han desechado ni modificado la doctrina católica; confiesan y sostienen que lo falso vale tanto como lo injusto. Mas de ninguna manera, hermanos míos, expresaremos mejor nuestros sentimientos de gratitud que permaneciendo fieles á la verdad y á la pureza de nuestra santa religion, siendo verdaderos devotos de la Santísima Virgen, imitando sus virtudes; esto redundará en beneficio de nuestro país, porque así como la moral forma los individuos, la piedad forma los pueblos y produce la verdadera civilización.

31. Por tanto, señores, yo os rindo gustoso un tributo de alabanza, me congratulo con mis amados diocesanos, especialmente con los habitantes de esta hermosa y católica ciudad de Monterey, y mi alma se llena de alegría al ver vuestro celo y vuestro empeño por el culto, y al observar el tierno amor de hijos que profesais á la tiernísima Maria. ¡Oh dicha incomparable!

Seais, pues, mil veces benditos en el nombre del Se-

ñor. Y tú, Virgen de inalterable pureza, intercede por nosotros, tú que has consolado tantas veces á este indigno hijo tuyo, tú que has sido y serás el paño de mis lágrimas. ¡Oh! ¡imagen santa, símbolo de amor, prenda de gracia, en tí se encierra un hecho histórico y sobrenatural de importancia infinita, de tí se derraman para nosotros las misericordias celestiales, en tí tenemos un testimonio inmortal de predileccion! ¡Ah día 12 de Diciembre del año de 1531, día feliz y venturoso, pues que sirves para fijar la época de nuestras mayores glorias! ¡Collado humilde de Tepeyac, donde reposaron las soberanas plantas de la Reina de los cielos! ¡Indio afortunado que tuviste la suerte de escuchar las palabras de esta Madre amante y benéfica! ¡Templo augusto que depositas el precioso é inestimable lienzo en que se ve pintada su hermosura! ¿A quién de vosotros dirigiré los últimos períodos de mi pobre razonamiento, cuando en cada uno encuentro un objeto maravilloso, respetable y digno de los plácemes más expresivos? Pero pues es cierto, señores, que en cuanto alumbra el sol y en cuanto alcanza la tierra no ha habido país alguno colmado de tanta dicha, podemos confiar en esa prenda perpétua de amor y proteccion en la cual se está revelando el principio que ha de salvar á México. Si, en tí, Virgen purísima se descubre la ráfaga de fulgor indeficiente. Quien la pierda de vista, caerá en el abismo; quien se guie por ella, subirá á los cielos.

O. ad M. D. G. et B. V. M.